

## **Conservación del patrimonio cultural y generación de empleo: posibilidades y riesgos**

Silvia Castro Sánchez\*

### **RESUMEN**

*En este trabajo se plantea que las comunidades costarricenses estarían más interesadas en conservar su patrimonio cultural si esa conservación permite generar empleo y producir ingresos. Una discusión específica acerca de lo que ocurre en San Ramón de Alajuela es el punto de partida para plantear una propuesta de trabajo en las comunidades.*

**Palabras clave:** patrimonio cultural, conservación, comunidades, empleo, turismo

### **ABSTRACT**

*This paper suggests that Costa Rican communities would be more interested in preserving their cultural heritage if this preservation led to job openings and incomes for their inhabitants. A specific discussion about the county of San Ramón in the Alajuela province is the starting point to make a working proposal for those communities.*

**Keywords:** cultural heritage, conservation, communities, jobs, tourism

### **Introducción**

La puesta en valor del patrimonio cultural costarricense es, actualmente, una tarea incompleta, tanto para las instituciones que se dedican a esa labor como para las organizaciones, comunidades e individuos que aprecian el legado de sus antepasados. Sigue siendo un reto procurar mecanismos para conservar el patrimonio material y el patrimonio intangible a lo largo del territorio nacional. Muchos años de trabajo en esa línea nos hacen pensar que junto a los esfuerzos de entidades públicas y privadas tal vez este sea un momento propicio para interesar a las comunidades del país que aún no se han reencontrado con esa riqueza cultural. Varios factores conforman una coyuntura motivadora que algunas comunidades rurales podrían aprovechar para unirse a la labor de conservar su patrimonio cultural, a la vez que con ese trabajo puedan complementar sus frágiles economías. Esos factores son la búsqueda de sitios de recreación para población nacional, la creciente demanda por servicios turísticos en el país, y el estilo de vida urbano que impide dedicarle tiempo a la cocina tradicional.

---

\*Silvia Castro Sánchez. Costarricense. Antropóloga e historiadora. Profesora Emérita, exprofesora de la Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica, [silviacatros@gmail.com](mailto:silviacatros@gmail.com)

El presente trabajo tiene como propósito compartir algunas reflexiones para formular proyectos por medio de los cuales poblaciones rurales se sumen a la tarea de conservar su patrimonio cultural a la vez que generen autoempleo en sus comunidades de origen. Ambas actividades tienen la finalidad de mejorar la calidad de vida de quienes se integren a esos proyectos, tanto por el bienestar material que puedan derivar como por el fortalecimiento de su autoestima colectiva.

Dado que nuestra experiencia ha transcurrido en el cantón de San Ramón, hemos querido partir de algunas reflexiones generales pero situando una eventual aplicación de esas ideas en el contexto específico de ese lugar. No obstante, la pretensión es que experiencias de otras comunidades y el caso mismo de San Ramón se complementen en una discusión fructífera con un potencial beneficio para las localidades costarricenses.

### **1. El patrimonio cultural ramonense y la situación del empleo en San Ramón**

Se cree que el cantón de San Ramón, al igual que otras porciones del sector occidental de Valle Central, fue habitado por primera vez hace varios miles de años. Estudios sistemáticos de la arqueología local sitúan evidencias de presencia humana permanente hacia 300 a.C. (Chaves, 1994). Desde esa época los primeros ramonenses dejaron constancia de su ocupación en este territorio, que tanto Chávez como Rojas han registrado en labores de prospección y excavación (Chávez, 1991 y Rojas). Restos de aldeas, calzadas, vasijas, metates, herramientas de piedra, entre otros indicios, quedaron dispersos para que los habitantes de hoy tengan presente a sus antepasados.

Esas manifestaciones de lo que actualmente consideramos una parte del patrimonio cultural de San Ramón se unen a las creaciones culturales de quienes inmigraron hacia estas tierras alrededor de 1830 cuando se produce un repoblamiento de las tierras altas de ese cantón (Pineda y Castro, 1986). Desde mediados del siglo XIX estos recién llegados, con su cultura mestiza, ocupan terrenos, aparentemente poco o nada poblados. Puentes, viviendas, templos, trapiches, caleras, entre otras estructuras que aún perviven, son el hilo que ata a los ramonenses a ese pasado.

En todo este tiempo de habitación humana son diversos los restos materiales que dan cuenta de cómo vivían los grupos de personas que ocuparon el territorio de San Ramón. Hay al menos, 2,300 años de presencia humana, con su consecuente expresión cultural, que muestran modos de vida en el sector occidental del Valle Central. De estas formas de vida queda mucho por conocer y aprender. De estas manifestaciones también queda por recuperar una parte de la diversidad cultural nacional, sin embargo, el panorama que se vislumbra en ese cantón es preocupante. Por ejemplo, con respecto al patrimonio inmueble, es poco lo que se reconoce como patrimonio por derecho propio, según se verá más adelante, y es todavía menos lo que está protegido por las leyes vigentes. Apenas tres estructuras ostentan algún reconocimiento oficial –la escuela Jorge Washington, el edificio del Museo de San Ramón y el antiguo puente de piedra sobre el río Barranca– y una de ellas está en casi total abandono.

Cuando más adelante se detalle el estado de conservación del patrimonio ramonense se percibirá de manera más precisa el estado de vulnerabilidad de ese legado. Por esa razón, y por las constantes muestras de falta de aprecio de esa riqueza local es que nos atrevemos a pensar, que en la situación actual del país, si los herederos de esa herencia se convencen que su patrimonio los apoya para atender algunas demandas del presente, éstos se verán más orientados a procurar su conservación. La escasa protección de ese patrimonio y la limitada posibilidad de conservarlo por la vía del apoyo institucional nos mueven a sugerir iniciativas comunales, que, eventualmente presionen por recursos públicos y privados.

En este contexto se perciben puntos de encuentro entre la necesidad de poner en valor el patrimonio cultural en las comunidades de San Ramón y las siempre riesgosas condiciones de producción en el agro nacional. De hecho, hacia el año 2000, este cantón mostraba un índice de desempleo un poco más alto que el promedio nacional (ProDUS, 2000). Ese índice de un 8 por ciento y la inclusión, por esa fecha, de San Ramón, en una lista de los 20 cantones con mayor incidencia de pobreza en el país incitan a reflexionar acerca de la necesidad de crear nuevas fuentes de empleo en un lugar al que, el auge del Estado Benefactor dotó de muchos empleos públicos, pero en el que la sustitución de importaciones tuvo una presencia efímera y con pocas oportunidades laborales (Castro y Guido, 2001).

Ciertamente que el desarrollo del comercio, de servicios privados, de pequeños talleres manufactureros y de algunas empresas agrícolas o pecuarias ha permitido un crecimiento de la economía del cantón, pero también es real que al no mantenerse o incrementar el poder adquisitivo de la población ese crecimiento encuentra límites que se sienten, por ejemplo, con el cierre de tiendas y la presencia de locales comerciales vacíos durante largos meses al año. La más reciente crisis cafetalera ha impactado también el bolsillo de pequeños productores de ese grano, en cuyas familias se intensifican dos tendencias: a diversificar la producción agropecuaria y a involucrarse en actividades no agropecuarias, esto es, a buscar trabajo –a veces de carácter informal- en el sector terciario (Guido y Castro, 2005).

La creciente búsqueda de espacios de recreación para la población nacional, el aumento del turismo y la demanda por alimentos empacados o listos para consumir por parte de las poblaciones urbanas, abre espacios en los cuales, y en ciertas circunstancias, tal vez sea posible auto generar empleo y simultáneamente conservar algunos aspectos del patrimonio cultural de las comunidades del país, y en particular de las de San Ramón. Antes de presentar una propuesta en sus rasgos principales, es necesario hacer algunas acotaciones acerca del patrimonio cultural, algunos patrones socioeconómicos recientes en los ámbitos rurales y el turismo. Además, se considera oportuno presentar un breve diagnóstico del estado de conservación del patrimonio cultural ramonense.

## **2. Patrimonio cultural, tendencias económicas en las áreas rurales y turismo**

El patrimonio cultural de un pueblo, comunidad o grupo humano se puede entender como una herencia que generaciones antiguas transmiten a otras más recientes; se trata de modos de vida que fueron funcionales para esas generaciones anteriores y que rigieron su cotidianidad o sus ciclos de vida según ciertas normas, costumbres o tradiciones. En efecto, y con excepciones, las

antiguas generaciones no tuvieron la intención de legar un patrimonio como lo entendemos hoy; ellas, simplemente, vivieron sus vidas, pero en ese proceso construyeron obras materiales y crearon hábitos que atendían sus necesidades. Conforme las generaciones de distintos momentos históricos necesitan elaborar una identidad común, activan, como dice Prats (1997), elementos culturales que consideran representativos de una experiencia compartida.

En la mirada retrospectiva que se hace del pasado, siempre con el ánimo de darle vida a una identidad común, se encuentran infinidad de manifestaciones de ese proceso de elaboración y reelaboración cultural. Así, usualmente se distingue entre un patrimonio tangible o material y otro intangible o no material (Chang, 2004). Entre el patrimonio tangible se encuentra una gran diversidad de bienes inmuebles así como una amplia gama de objetos producidos o usados por un grupo de personas. El patrimonio intangible, por otra parte, incluye manifestaciones de la tradición oral como canciones, leyendas, cuentos, rezos, conocimientos, y, por supuesto, costumbres y tradiciones.

Para todos aquellos que están convencidos que los productos culturales de los pueblos en todo tiempo histórico y en todo lugar del planeta son manifestaciones humanas que merecen darse a conocer pues incorporan experiencias vitales, valiosas por su unicidad y por las enseñanzas que dejan a la humanidad entera, los patrimonios culturales de los pueblos representan una riqueza colectiva que merece conservarse.

Se ha señalado ya, con mucho sentido común, que ha sido imposible mantener materialmente toda expresión de los patrimonios culturales de los grupos humanos. Pero, también se ha indicado que, en vista de esa dificultad, el conocimiento de esos legados debe procurarse con tenacidad (Prats, 1997) pues la humanidad genera constantes procesos de cambio, en los cuales, se olvidan saberes o se destruyen edificaciones o bienes que podrían tornarse valiosos con el avance mismo de las ciencias y las artes. Este compromiso con la conservación ha permeado intereses individuales e institucionales en distintas épocas, pero es aún más urgente en la actualidad cuando en sociedades como la costarricense, las tendencias homogeneizadoras de la globalización se debaten diariamente contra el ánimo de muchas gentes que no desean convertirse en seres sin rostro en ese mar de la cultura de masas.

Ahora bien, la valoración de un patrimonio cultural puede establecerse desde una perspectiva nostálgica y, por ende, centrarse en la conservación de esa riqueza con el fin de conocer un pasado que para muchos “siempre fue mejor”. Sin embargo, la herencia cultural de un pueblo, con sus aciertos y desaciertos, puede entenderse como fuente de un conocimiento con un potencial para vivir el presente. Esta tendencia contempla recuperar valores y prácticas sociales con sentido dinámico de manera que se conviertan en un insumo con finalidades como: reforzar autoestimas colectivas, fortalecer el sentido de pertenencia, elaborar o reelaborar redes de solidaridad, construir lazos más fuertes entre distintas generaciones, recuperar tecnologías amigables con el ambiente, etc. Desde este punto de vista también es posible reaprovechar conocimientos de las antiguas generaciones, por ejemplo, en la llamada arquitectura de tierra, en la reutilización de un instrumento musical, en el redescubrimiento de una tradición culinaria o en el uso de plantas con fines medicinales.

En la actualidad, se perfila una tercera forma de pensar ese patrimonio, excluyente o no con las anteriores, y esta es la de visualizar esa herencia como un conjunto de recursos culturales con un potencial productivo, usualmente asociado al auge del turismo internacional. Existen experiencias en diversas partes del mundo, así como en Costa Rica, que dan cuenta de cómo, planificadamente o no, se ha echado mano de esos recursos con implicaciones de distinta índole que en ocasiones han beneficiado a los creadores de ese patrimonio y en otras oportunidades han servido para que empresas o sujetos con experiencia comercial en el ámbito del turismo devenguen fuertes ganancias.

Con esta visión amplia de las manifestaciones culturales de un grupo social, nos podemos remitir a dos tendencias que se han observado en el agro latinoamericano. Una es que cada vez más los productores agrícolas y pecuarios combinan su quehacer con otras actividades como una estrategia de las economías campesinas para sobrevivir. Esa diversificación de las fuentes de ingresos va de la mano con el uso multifuncional del espacio rural para fines de producción, transformación –de materias primas- y recreación, de manera que se cumplen nuevas funciones y se integra a la población rural en redes globales de comunicación, información e intercambio comercial (Clemens y Rubén, 2001).

Si por un lado se presentan estos cambios en el ámbito rural, en las ciudades las personas se encuentran cansadas del acelerado ritmo que toma sus vidas y con frecuencia desean encontrar descanso en lugares que les permitan recuperar energías o en donde respiren un aire de tranquilidad. Las áreas rurales, precisamente, ofrecen ese ambiente al ciudadano que, en el caso de Costa Rica, encuentra a distancias relativamente cortas de su lugar de residencia un espacio recreativo al cual puede acceder en poco tiempo. El relativamente reciente proceso de urbanización en este país presenta otra característica; esta es que emigrantes rural-urbanos de primera generación todavía cultivan vínculos familiares y afectivos con su lugar de origen, así que, en su tiempo libre, buscan en ocasiones ese reencuentro con el lugar de nacimiento.

Pensando en el turismo extranjero, sucede lo que Mac Cannell (citado por Santana, 1997:30) indica: en la sociedad moderna “los individuos tienden a llevar una existencia artificial y a sentir falta de autenticidad en sus vidas” por lo que buscan un encuentro con lo auténtico en sociedades que no son la suya. Ellos también desean escapar del estrés y procuran, al menos por unos días, un cambio en su estilo de vida. Si bien estas necesidades pueden satisfacerse desde una amplia oferta de servicios turísticos, el turismo rural poco a poco gana terreno en un mercado global que según Ballart y Juan (2005: 202) debe responder a una demanda “muy segmentada, exigente y cambiante”.

El turismo no se entiende aquí como una actividad que necesariamente tenga una repercusión positiva en las comunidades que lo acogen. Pero está documentado que junto al impacto que tiene en las poblaciones que reciben visitantes, puede presentarse un crecimiento económico y la generación de empleos de diversa índole. No debe perderse de vista, asimismo, que el turismo es una actividad cíclica –que se pone y pasa de moda-, a menudo estacional y que puede generar peligrosas dependencias que desestabilizan una economía local (Santana, 1997). Sin embargo, en algunos casos como los de Monteverde y La Fortuna, que discute Pérez (1999), la generación de

autoempleo y el desarrollo de aglomeraciones a partir de microempresas contribuye, al menos en una etapa del desarrollo turístico de una localidad, a beneficiar a sus habitantes.

### **3. Estado de conservación del patrimonio cultural ramonense**

El patrimonio cultural de San Ramón, al igual que el resto del patrimonio nacional cuenta con escasa protección legal. En principio, la herencia arquitectónica y arqueológica es la que goza de medidas que permiten su conservación, sin embargo, diferentes limitaciones resultan en una acción muy restringida que permita el cumplimiento de la ley en todos sus extremos. En consecuencia, el patrimonio inmueble de este cantón está expuesto a su paulatina destrucción por uso productivo o comercial o por el deterioro ocasionado por el tiempo. Los sitios arqueológicos, por ejemplo, desaparecen en los terrenos agrícolas o pecuarios por el trabajo anual de los agricultores o por el paso de los animales. Inmuebles de finales del siglo XIX y de principios del siglo XX, ubicados en la ciudad de San Ramón, han sido demolidos por el elevado valor de los terrenos en los que se ubican. Y, viviendas antiguas en el área urbana, así como en el campo, han cedido lugar a casas de cemento porque sus dueños no están en condiciones económicas de restaurarlas. Muchísimos ejemplos ilustran estas situaciones. Centros de trabajo y puentes, por su parte, desaparecen calladamente o son intervenidos con materiales modernos para seguirles dando uso, sin ninguna consideración de su valor histórico.

Los bienes patrimoniales muebles, esto es, los objetos de distinto tipo de los cuales dimos algunos ejemplos más atrás han tenido básicamente tres destinos: un grupo considerable ha sido vendido a individuos o comerciantes de antigüedades por falta de valoración o por necesidad económica, otro grupo permanece en manos de familias como patrimonio familiar o son propiedad de coleccionistas privados, y, finalmente, un tercer grupo permanece en manos de particulares pero sin recibir mayores cuidados, a diferencia del grupo anterior. Muy pocos bienes muebles se encuentran en instituciones como los museos, que velan por su conservación. En San Ramón no existen ecomuseos que permitirían una conservación de elementos patrimoniales *in situ* y asociados a la actividad que proporciona un contexto con sentido.

Sobre los bienes intangibles, el Museo de San Ramón, a lo largo de muchos años ha reunido información sobre tradiciones, leyendas, algunas costumbres, personajes asociados con la composición musical, la poesía, las artes plásticas, etc., producto de las investigaciones realizadas por sus propios estudiantes y por los estudiantes de los Seminarios de Realidad Nacional. Sin embargo, falta mucho por hacer pues es muy vasto el universo de saberes populares en el cantón.

Este breve diagnóstico resulta poco alentador, pero es a la vez un aliciente para recurrir a nuevas estrategias que le garanticen a las futuras generaciones el disfrute de su legado cultural.

### **4. Nuestra propuesta**

Nuestra propuesta se afianza en algunas condiciones básicas que deben estar presentes en cualquier proyecto que se impulse. Estas condiciones son: la necesidad de preparar a familias o comunidades para que puedan poner en valor su patrimonio cultural y aprovecharlo

productivamente de manera sostenible; la importancia de analizar experiencias de otras comunidades en las cuales ya se hace un uso, con fines de lucro, de los recursos culturales; una actitud planificadora del futuro que enuncie los objetivos de las familias o grupos comunales, las formas de alcanzarlos y los compromisos que se adquieren con las comunidades en donde habitan; y la capacitación en destrezas administrativas y contables y en el conocimiento de idiomas extranjeros, entre otras cosas, de manera que la población local pueda tener control de la gestión de su patrimonio.

Esta visión, aunque utópica, parte del convencimiento de que el disfrute de una herencia cultural debe alcanzar, en primera instancia, a la población que la ha generado históricamente. En segunda instancia, se piensa que son las poblaciones creadoras de un determinado patrimonio las que deben decidir como lo ponen en valor para el disfrute de otros, cuando se trata de un disfrute asociado a alguna actividad productiva tendente a producir ingresos. De allí que, articular la gestión del patrimonio cultural a la generación de empleo debería conllevar, a nuestro juicio, una participación de los sectores involucrados. De esta manera, se evitaría una tendencia muy común en el ámbito turístico que se presenta cuando la explotación de ciertos recursos culturales se vuelve muy rentable. Esta tendencia es que los habitantes de una comunidad, los locales como señala Santana (1997), pierdan el control de la gestión de sus elementos patrimoniales y dejen de ser los principales beneficiarios de esa iniciativa.

En esta propuesta, las familias o las comunidades por medio de sus organizaciones se convierten en gestoras del patrimonio cultural local. Ellas entonces, por sí mismas o con la colaboración de funcionarios de entidades públicas u organizaciones no gubernamentales competentes deben inventariar su patrimonio, priorizar proyectos de conservación y proponer iniciativas para su puesta en valor por medio de actividades productivas. Ellas también pueden procurar el apoyo necesario para recibir una capacitación adecuada, obtener créditos, empezar un proceso de planificación para el disfrute de sus recursos culturales o realizar alianzas estratégicas con entidades públicas y organizaciones no gubernamentales.

En la medida de lo posible se entiende la coincidencia entre gestión local del patrimonio cultural y generación de empleo como una iniciativa que vaya más allá de lograr un crecimiento económico. Como apunta Pérez (1999), se trata de sentar bases para un desarrollo local en un territorio específico, mejor dicho de un proceso en esa dirección. Con el tiempo es posible que diversas iniciativas de autoempleo generen una aglomeración de actividades, las que en su conjunto constituirían una estrategia alternativa para articularse a la economía nacional y global. En los casos que este autor analiza respecto al turismo ecológico en Monteverde y La Fortuna se aprecia aglomeraciones que funcionan con relativo éxito, basadas en actividades de pequeñas y medianas empresas. Al menos en el primer caso, todavía pesa el criterio de residentes de la localidad, lo que evita el entronamiento de la gran empresa turística. Allí se articulan hoteles, lugares de visitación, restaurantes y ventas de artesanías. Ciertamente, que al momento del análisis de Pérez, en ambas localidades se había producido un proceso de varios años que ha aprovechado recursos naturales locales y en el que se han realizado decisiones acertadas para enlazarse al turismo nacional y extranjero.

Esta propuesta tiene afinidad con el llamado turismo rural, que en sus orígenes se pensó en una forma alternativa al turismo de masas. Señala Santana que esta forma de recreación:

*debe atender a las premisas del desarrollo sostenible, generar efectos eminentemente positivos, promoverse en áreas 'no invadidas', incluir a la población local como 'actores culturales', ser minoritario y promover, a través de encuentros espontáneos y la participación, el contacto intercultural. (1997:45)*

Si bien no lo vemos de manera ingenua, ni estamos convencidos que sea una panacea, pareciera que en San Ramón se reúnen condiciones para transitar en esa dirección.

Apenas para mencionar posibilidades concretas, vale la pena referirse a eventuales sitios de visitación y algunas actividades atractivas. Entre los sitios de visitación se encuentra la comunidad de La Paz con su concentración de trapiches con diversas tecnologías y su cercanía a espacios recreativos para la pesca de trucha. Camino a la cabecera de otros lugares de pesca y esparcimiento se encuentra el puente de piedra sobre el río Barranca –reconocido como reliquia arquitectónica– ubicado en un punto de gran belleza natural. Hacia el sur de la ciudad de San Ramón se conservan restos de un histórico beneficio de cal y canto, en el que funcionó una fábrica de cabuya en la primera mitad del siglo XX. Este beneficio está de camino hacia Berlín, una comunidad de hermoso paisaje con un mirador natural al Pacífico. También se podría considerar una recuperación por sectores de la “trocha” o antiguo camino desde Los Ángeles hasta Peñas Blancas, en San Ramón, en donde aún se encuentran puentes de hamaca. Finalmente, en la ciudad se encuentran el Museo de San Ramón, el Centro Cultural José Figueres –con su galería de arte y sala biográfica– y algunos inmuebles antiguos que resisten al desarrollo inmobiliario.

En todos estos lugares, y en otros que se pueden redescubrir con las comunidades, es posible estimular y divulgar el talento local para la confección de artículos utilitarios o decorativos, agradables para el visitante de los cantones aledaños, del resto del país y de otras nacionalidades. En visitas a los caseríos con fines de investigación se han encontrado, jóvenes y adultos con habilidades artísticas y manuales sin mayores oportunidades para aprovechar sus capacidades. Un proceso reflexivo con estas personas contribuiría a expandir horizontes y a incorporar motivos de su patrimonio cultural y natural en los diseños de sus trabajos o en los motivos de sus obras artísticas, en vez de inspirarse en revistas y paisajes extranjeros para la confección de objetos artesanales.

Sobados, melcochas, panes caseros, picadillos y otros platillos de la tradición culinaria local poco difundidos son opciones para detener a los visitantes, pero también para explorar la posibilidad de desarrollar agroindustrias alrededor de estas comidas. Se sugería más atrás que alimentos preparados de este tipo, con el conocimiento y la tecnología apropiados pueden surtir estantes de supermercados urbanos, como ya sucede con tamales de cerdo y pollo, bizcochos de maíz, y verduras empacadas al vacío para preparar una añorada olla de carne.



Hasta ahora se observa que el uso productivo de los recursos culturales no excluye su combinación con el aprovechamiento de recursos recreativos y naturales. Puede ser así porque estos otros recursos ya existen en algunas comunidades ramonenses y, por la misma razón, se ha creado un público local y regional que acude a estos lugares. Además podría suceder que, por ejemplo, detenerse para apreciar un puente no sea motivo suficiente para organizar una salida familiar de un día, de allí que una estrategia integradora de los recursos disponibles puede tener más sentido.

Las fiestas patronales de los distritos atraen en la actualidad visitantes de las mismas localidades en donde se celebran, así como gentes que llegan de más lejos. Alrededor de ellas o de manera independiente cabe la posibilidad de organizar festivales culturales que integren el talento local o cantonal en todas las ramas de las artes –pintura, escultura, danza, música, teatro, poesía y literatura-. En la actualidad, algo de esto se toma en cuenta en las fiestas del santo patrono del cantón, pero se hace de manera tímida.

## **5. Riesgos latentes**

Llegar a concretar proyectos en esta línea, sin poner en excesivo riesgo a las poblaciones involucradas, así como a las expresiones auténticas de sus patrimonios requiere de una preparación previa. Abundan ejemplos a nivel mundial sobre como la actividad turística que inicialmente representa un aumento en los ingresos de una localidad y es recibida con los brazos abiertos, luego se convierte en un dolor de cabeza por los cambios no esperados en los modos de vida de las comunidades. Aspectos tan cotidianos como el alza en los precios de los artículos de consumo alimenticio básico, la presencia de establecimientos para el consumo de licor y para los juegos de azar, el ruido, la acumulación de basura, entre otros, trastornan el apacible ambiente de un entorno rural (Santana, 1997). El contacto con visitantes nacionales de otras procedencias y extranjeros tiene también un efecto sociocultural con aristas positivas y negativas que puede implicar cambios esenciales en los patrones de solidaridad locales, en las expectativas de los jóvenes y en el abandono de actividades productivas que aseguran la supervivencia familiar ante los patrones cíclicos del turismo.

Otros problemas pueden presentarse con el uso y la interpretación de los elementos patrimoniales mismos. En un extenso trabajo García Canclini (1984) discutió como a consecuencia del turismo en México, algunas fiestas populares y la elaboración de artesanías se desvirtúan debido a que, entre otras cosas, se preparan y elaboran en función de la “demanda” de los consumidores y no en razón del significado comunal y cultural que las originaron. Las fiestas se convierten en espectáculos para los foráneos y los diseños, materiales y formas de las artesanías cambian en función de las ventas. En Costa Rica, Alfaro mostró un efecto similar en la carreta decorada que se vende como souvenir (1997-1998). De todo esto queda un sin sabor respecto a la autenticidad de las experiencias que viven propios y extraños y de los recuerdos que se llevan a otros países.

Si bien García devela la casi inevitabilidad de esas enajenaciones, Colombres en artículo sobre el Museo del Barro en Paraguay, se inclina porque el respeto por las manifestaciones de las culturas populares no implica “rendir un culto atávico a ‘supervivencias’ del pasado”, ni embalsamar diseños, ni técnicas así como representaciones culturales (1987:58). Para Colombres más bien y

en lo tocante a la producción de objetos, deben regir las expectativas que caracterizan al arte culto, entre ellas la búsqueda de nuevas posibilidades. Encasillar el arte popular, según este autor, es negar el desarrollo de las capacidades creativas de los pueblos.

Esta polémica aunque añosa, todavía gravita en la disciplina antropológica y emerge irresuelta en las discusiones sobre la activación del patrimonio cultural con fines de lucro. Pensamos que la mejor manera de lidiar con esta especie de “ser o no ser”, o más bien “hacer o no hacer” es preparar a las comunidades para lo que puede pasar ante la eventualidad de encadenarse al turismo o a cualquier otra actividad comercial de índole lucrativa en el marco de la globalización. Preparar aquí significa anticipar el futuro y recopilar representaciones materiales e información sobre las usanzas tradicionales, de manera que éstas se entiendan también como productos históricos de épocas por las que han pasado las personas involucradas. Preparar también representa actuar con conciencia de las decisiones que se toman y ojalá registrar los cambios que en algún momento se piensen introducir. Aunque suene extraño, esta es una responsabilidad de las generaciones actuales para con las generaciones del futuro.

Otros problemas podrían presentarse. Uno de ellos tiene que ver con el uso de recursos naturales para elaborar objetos utilitarios o decorativos. Podemos citar dos ejemplos. El primero está relacionado con una eventual iniciativa para recuperar técnicas del pasado en la elaboración de objetos, por ejemplo, los sombreros de palma. La pregunta que resulta ineludible es ¿existen suficientes palmeras de las que se requieren para este tipo de producción?. Una de las últimas personas que conocía el oficio, se quejaba hace más de una década, de las dificultades que ella tenía para encontrar la materia prima necesaria. Un problema similar lo tienen los alfareros de Guaitil y San Vicente con la escasez de barro accesible en terrenos públicos. Aquí el problema es más grave pues muchas familias dependen de la elaboración y venta de vasijas para su subsistencia, ya que o han abandonado sus actividades agropecuarias o éstas no les garantizan su sustento. En consecuencia, es preciso agregar a la producción artesanal de este tipo una valoración de la sostenibilidad de las materias primas requeridas.

La preocupación por la sostenibilidad de los recursos naturales se extiende a los recursos culturales, en particular a las estructuras a las cuales llegan visitantes. La capacidad de sustentación de cualquier lugar de visitación debe establecerse a partir de criterios fundados en el interés por conservar ese elemento patrimonial, así como el tipo de acceso y las medidas de seguridad para evitar el vandalismo en bienes públicos. Periódicamente, es recomendable evaluar las prácticas acordadas para evitar que el afán de lucro resulte contraproducente. En este aspecto las comunidades o familias deben ser muy vigilantes pues terminarían por acabar con la fuente de una prosperidad pasajera.

En procesos o proyectos como los que se sugieren existe siempre el riesgo de qué pasará el día de mañana si hay éxito. Vivir en una sociedad en la que impera el libre mercado con el soporte legal del caso, crea condiciones para que capitales externos puedan introducirse en comunidades con propuestas rentables. Dependiendo de la madurez que un grupo de personas haya alcanzado en la administración de sus recursos culturales y los procesos socioculturales concomitantes, habría más o menos posibilidades de conservar el control sobre la gestión local. Factores como el apoyo institucional y de organizaciones serían soportes que coadyuvarían a contrarrestar

fuerzas movidas por la ganancia y contrarias al punto de partida que era la salvaguarda de un patrimonio. Por esa razón, y por un eventual deterioro en las condiciones de vida de los habitantes de las localidades, es que conservar una herencia cultural y generar empleo se pueden encontrar en el marco de procesos reflexivos que valoren objetivamente, y desde adentro de las comunidades, las posibilidades que se presentan y los riesgos que se oponen.

## Conclusión

Generar empleo a partir del reconocimiento de la riqueza que representa el patrimonio cultural de una localidad es una discusión que da sus primeros pasos en San Ramón. Las posibilidades que se visualizan representan, ciertamente, un potencial, pero no es un potencial exento de riesgos; tampoco es un potencial que encuentre condiciones maduras entre las personas que eventualmente podrían involucrarse o en el entorno inmediato del cantón. Sin embargo, hay artesanos que se han aferrado a sus oficios esperando una oportunidad que no llega. Hay también crecientes flujos de turistas que pasan hacia destinos consolidados, que apenas se detienen brevemente por la ciudad, por alguna tienda de artesanías o de productos comestibles o por el Museo, porque es poco lo que el cantón ofrece. Volúmenes importantes de visitantes nacionales llegan a San Ramón para sus fiestas patronales. ¿Cabría la posibilidad de reunir esas circunstancias e impulsar otras para que familias ramonenses complementen su economía o inicien actividades lucrativas que les deparen un futuro mejor?. Creemos que sí, pero pensamos, asimismo, que hace falta reflexionar colectivamente, imaginar con entusiasmo, y reunir desde los ámbitos privado y público recursos humanos y materiales para concretar proyectos en los que la generación de empleo y la conservación del patrimonio cultural sean fuente de bienestar para los ramonenses.

Como toda discusión incipiente, queda mucho por aprender acerca del tema. Avanzar en tiempos de cambio significa transitar por nuevos caminos que se van construyendo en el proceso. Avanzar de manera sostenible en lo social, lo económico, lo cultural y lo político requiere de una actitud solidaria sustentada en el conocimiento y en la sistematización de las experiencias. Este es un compromiso con las comunidades rurales del país, en el que se enmarca el presente trabajo.

## Referencias bibliográficas

Alfaro, A. (1997-1998). “Las carretas decoradas, historia de un pueblo”, en *Herencia*. Vols. 9-10 (2 y 1). pp. 37-58.

Ballart, J. y Juan, J. (2005). *Gestión del Patrimonio Cultural*. Barcelona: Ariel.

Castro, S. y Guido, F. (2001). “Urbanización fuera del Área Metropolitana en Costa Rica: Aspectos generales y un estudio de caso”, en *Pensamiento Actual* (Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica). Vol.2 (3). pp. 54-65.

Chang, G. (2004). “Patrimonio cultural: bienes materiales e intangibles que nos identifican”, en Chang; G., Cerdas, A. L., Herrera; M., Perera; I. y Troyo, E. *Patrimonio cultural. Diversidad en Nuestra Creación y Herencia* (pp. 11-51). San José: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

Chaves, S. (1994). "Hacia una historia regional de la zona de San Ramón", en Castro, S., Chaves, S., Pineda, M., Vásquez, I. y Rodríguez S. *Antología de Historia de San Ramón: 150 Aniversario (1844-1994)* (pp. 9-43). San José: Guayacán Centroamericana.

Chávez, S. (1991). *Arqueología de la Zona de San Ramón. Primer Informe Parcial, Etapa II (inédito)*. San José: Universidad de Costa Rica.

Clemens, H. y Rubén, R. (2001). "Nueva ruralidad y políticas agrarias en América Latina", en *Revista Nueva Sociedad*. (174). pp. 66-80.

Colombres, A. (1987). *Sobre la Cultura y el Arte Popular*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

García, N. (1984). *La Culturas Populares en el Capitalismo*. México: Editorial Nueva Imagen.

Guido, F. y Castro, S. (2005). "Crisis cafetalera y condiciones de vida de pequeños y medianos productores de café en San Ramón de Alajuela", en *Pensamiento Actual* (Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica). Vol.7 (8-9). pp. 9-18.

Pérez, J. P. (1999). *Mejor Cercanos que Lejanos*. San José: FLACSO.

Pineda, M. y Castro, S. (1986). *Colonización, Poblamiento y Economía: San Ramón 1842-1900*. San José: Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Costa Rica.

Prats, Ll. (1997). *Antropología y Patrimonio*. Barcelona: Ariel.

ProDUS (Programa de Investigación de Desarrollo Urbano Sostenible). (2000). *Plan Estratégico Urbano de la Ciudad de San Ramón*. San José: Universidad de Costa Rica.

Rojas, P. (1995). *Sitio Volio Cat. UCR No.179, una discusión acerca de la conservación de evidencia arqueológica en el campo y en el laboratorio*. San José: Trabajo Final de Graduación para optar por el título de Licenciado en Antropología con énfasis en Arqueología, Universidad de Costa Rica.

Santana, A. (1997). *Antropología y Turismo. ¿Nuevas hordas, viejas culturas?*. Barcelona: Ariel.